

donde reside nuestro futuro triunfo. El hombre católico no ha de ser sólo teórico sino práctico en su campo propio. Concretamente, a nosotros, jóvenes y estudiantes, nos corresponde la Universidad, ya que así es como lograremos un éxito seguro.

Para terminar, deciros que nuestra acción, a ejemplo de la de nuestro santo patrón, ha de tener una visión trascendente y sobrenatural de la lucha. Ya decía Carlos VII: "Dios quiere salvar a España, pero quiere que vea que es El quien la salva".

Por otro lado, el recuerdo de la España del siglo XIII, de la que habla don Marcelino, no debe inducirnos al desaliento y a la inacción, sino que, por el contrario, debe alentarnos, junto a San Fernando, a luchar por ese gran ideal que es "Adveniat REGNUM TUUM".

DISCURSO DE JAVIER URCELAY

Queridos correligionarios y amigos de la Ciudad Católica:

Escribía Sánchez Munián que "San Fernando parece puesto en la historia para tonificar el espíritu de los españoles en cualquier momento de depresión espiritual".

Y depresión espiritual, más quizás que otra cosa, es lo que sentimos hoy, impotentes espectadores de un orden moral, social y político basado en la ley divina y la naturaleza de las cosas, mortalmente herido por el liberalismo, y que entre estruendos se derriba.

Se ha desechado a Cristo, piedra angular, y es todo el edificio el que se nos viene abajo: la familia y la escuela, el clero y la milicia, la Universidad y la parroquia, las artes, la cultura..., tambaleantes o convertidos en escombros, mientras una legión de gusanos y malas hierbas proliferan y asoman debajo de cada piedra y entre los márgenes de cada grieta.

¡Comamos y bebamos, se nos dijo entonces, emborrachémonos y dancemos toda la noche hasta el alba, pues nos hemos liberado de las cadenas que nos ataban y el yugo que nos oprimía, porque hemos juzgado la ley divina y la hemos encontrado necia, porque hemos examinado la ley natural y decidido repudiarla. Somos pueblo emancipado y estirpe de soberanos!

Y, sin embargo, en medio de los brindis y las risotadas, la humanidad y los españoles empezamos a notar que un escalofrío nos recorre la médula y la risa se ha helado en nuestro rostro y convertido en mueca trágica de dolor: atentados, terrorismo, inseguridad, paro, angustia de vivir sin saber para qué, discordias civiles, hambre...

Como en aquella famosa película, quisimos ser eternos saliendo de los límites que se nos habían señalado, y vemos ahora con horror cómo la eterna juventud no era un derecho, sino un regalo, y cómo al despreciarlo, nuestro rostro horriblemente envejecido al perder el privilegio, se transforma en una llaga corroída por el paso del tiempo y la muerte.

La historia se repite. La tentación a nuestros primeros padres es la tentación a toda la humanidad de todos los tiempos: ser como dioses. Así como ellos fueron arrojados del paraíso y desprovistos de los dones que les fueron dados, teniendo que parir con dolor y ganar el pan con el sudor de la frente, así también los hombres de hoy, que quisimos tocar el cielo con nuestra babel de declaraciones universales,

soberanías populares y omnímodas libertades, sentimos en nuestra carne, en las noticias que cada día nos sobrecogen, las consecuencias de nuestra osadía.

Hoy nos quieren hacer creer que el terrorismo es un problema policial, como ayer se empeñaban los mismos en convencernos de que lo era político. Ni por uno ni por otro procedimiento va a acabarse sin embargo con él. Porque no hay policía suficiente cuando cualquier ciudadano puede considerarse un delincuente potencial. Porque no hay medidas políticas posibles cuando bajo la techumbre de una falsa libertad cualquier irracionalidad puede ser invocada como credo político.

En la base del drama de nuestro tiempo hay un problema teológico, un problema de índole espiritual que al fin y al cabo no es sino el que ya Donoso Cortés expuso cuando refirió el ejemplo de los dos termómetros en su "Discurso sobre la dictadura": no hay más que dos contenciones posibles, una interior y otra exterior, una religiosa y otra política. Y su naturaleza es tal, que cuando el termómetro que marca la prevalencia del espíritu, el fervor religioso, está alto, el termómetro de la represión está bajo, y cuando el termómetro religioso está bajo, el termómetro político, la represión política, la tiranía está alta.

Hemos relegado a Dios, y como corolario necesario otra vez llama la tiranía a nuestra puerta bajo la forma del crimen, la anarquía, la extorsión, la calumnia y la manipulación psicológica. La tiranía de los asesinos y los terroristas, de los falsarios, de los agitadores y de los inmorales. La que hace blanco en el mismo Papa, el mismo vicario de Cristo en la tierra.

El hombre ha roto cadenas, pero justo las que le anclaban en la armonía del orden natural y por eso navegamos a la deriva. La crisis de nuestro tiempo no es la crisis de la energía, ni la de unos locos excitados por la violencia a los ansias de celebridad, ni siquiera la crisis de los partidos y las instituciones políticas. Es la crisis del espíritu, la crisis de ese conjunto de principios morales que levantaron desde las ruinas del imperio romano el templo de la civilización cristiana y que eran savia nutricia de los hombres y las sociedades. Porque no hay civilización sin un cuadro de unanimidades, de creencias comunes. Hemos amordazado al espíritu y con ello nos hemos avocado a la ferocidad de todas las tiranías. Sin contención interior, sin religión, el destino de Europa y del mundo no tiene más alternativa que la dictadura comunista o la desintegración de la sociedad por el desorden y la licenciosidad, o a lo peor las dos cosas, los tanques soviéticos avanzados ante la mirada estúpida de unos pueblos previamente degradados por el vicio, la droga y la pornografía, arruinados por el consumismo y ensangrentados por el crimen y las discordias.

Porque esto, así planteado, es, como afirmaba Donoso, poner el dedo en la llaga. Esta es la cuestión de España, la cuestión de Europa, la cuestión de la humanidad. La cuestión del mundo.

Tiempo pues de depresión espiritual el que vivimos, en el que un año más los amigos de la Ciudad Católica nos acercamos a San Fernando para tonificar nuestro espíritu colectivo.

Porque no basta con ratificarse año tras año en el análisis, con reconocer en la evolución de los acontecimientos la veracidad de nuestro diagnóstico y el cumplimiento de nuestras poco meritorias profecías. Es preciso, como el santo, coger la espada y emprender la reconquista.

Completar el discurso de la inteligencia que descubre las causas y deduce las soluciones con el acto de la voluntad que supone pasar a la acción es un esfuerzo decidido por modificar el curso de las cosas.

Si San Fernando constituye una de las figuras cimeras de nuestra historia política, es porque fue un gobernante diligente. Diligencia significa literalmente amor, y negligencia, desamor. El que no es diligente es que no ama con las obras, o, de otro modo, que no ama de verdad, porque la diligencia no es al fin sino la caridad operante.

San Fernando es el patrón de los amigos de la Ciudad Católica porque representa la más perfecta unión en nuestra historia, junto a Isabel la Católica, de la santidad y la política. Y ello porque más que consorcio de un rey y un santo en una misma persona, Fernando III fue un santo rey, es decir, un gobernante que alcanzó la santidad santificando, sacramentalizando, la política.

Santidad como se demuestra en una vida llena de fervor religioso y espíritu de oración. Se cuenta que estando enfermo en Toledo, velaba durante la noche para pedir a Dios por su pueblo. "Si yo no velo —contestaba cuando le pedían que descansara— ¿Cómo podréis vosotros dormir tranquilos?"

A imitación de los caballeros de su tiempo, que llevaban consigo un recuerdo de su amada, San Fernando portaba en su caballo una imagen de la "Virgen de las Batallas", y en campaña rezaba el oficio parvo mariano. Durante el asedio a Sevilla levantó en el campamento una capilla a la patrona de su ejército, y una vez tomada la ciudad, quiso que fuera una imagen de la Virgen la que encabazara la entrada triunfal.

Su muerte fue la culminación de una vida de santidad y entrega a Dios: sobre un motón de cenizas, con una soga de esparto al cuello y una vela encendida en las manos, desprovisto de todas las insignias y atributos de su majestad, murió perdonando a todos, aconsejando a sus hijos, con una oración en los labios.

Así concluyó, comenta Menéndez Pelayo, la vida exterior del más grande de los reyes de Castilla; de la vida interior, ¿quién podría hablar dignamente sino los ángeles que fueron testigos de sus oraciones y de aquellos éxtasis que tantas veces precedieron sus victorias?

Pero San Fernando fue además un santo rey, que llegó a la santidad a través del camino de la política, como el monje lo hace a través del cumplimiento de su regla monacal. En este sentido San Fernando es el modelo para todos los verdaderos políticos católicos, para los que, como nosotros mismos, amigos de la Ciudad Católica, queremos también entender la política como la más alta expresión de la caridad, pues como decía Pío XI y nos recuerda Juan Vallet, la política, que mira los intereses de la sociedad entera, es el campo de la más vasta caridad, de la caridad política, del que se puede decir que ningún otro le es superior, salvo el de la religión.

Y es en este sentido en el que San Fernando es la antítesis del político "de inspiración cristiana" de nuestros días, político mariteniano que divorcia la santidad personal por un lado y la política por otro, convirtiendo a ésta en laica y negando así la posibilidad de sacramentalizar la vida pública, de instaurar todas las cosas en Cristo, como pedía San Pío X, y entre ellas la política en lugar preminente.

La Iglesia nos propone a los santos para su imitación. Podemos aprender mucho de San Fernando. Podemos aprender esa armónica

conjunción de inteligencia y acción que fue base de triunfos guerreros. Acción en sus conquistas. Reflexión y estudio en la preparación de éstas. Como señaló Menéndez Pelayo no fueron las campañas de San Fernando del número de aquellas empresas que maduró la fantasía antes que el entendimiento, y que por su grandeza misma hubieron de quedar casi estériles en la cuna.

San Fernando organizaba con estudio las grandes campañas guerreras, aprendiendo incluso de sus adversarios.

De San Fernando podemos aprender la importancia de la estrategia, que sólo puede existir cuando existen objetivos claros, capacidad de análisis y voluntad de acción. Y debemos aprender el realismo como virtud castrense siempre necesaria. Y debemos aprender también el heroísmo que en las ocasiones supremas nos hace olvidar el realismo y nos lleva a hacer locuras por amor al Ideal, que sólo desde ese amor inflamado pueden explicarse.

Podemos aprender del San Fernando caudillo militar, porque también nosotros estamos sumidos en una guerra contra la Revolución y contra el totalitarismo, bajo el estandarte de Cristo Rey, y también como Fernando queremos ser "caballeros de Cristo" y "alféreces del señor Santiago" para la restauración del orden natural y cristiano en la sociedad y el Estado.

Nos hace falta una estrategia de defensa y conquista, una metodología de acción. Los católicos españoles hemos pasado en pocos años de las más altas cumbres del fervor y el martirio o los abismos más insondables del naturalismo y la indiferencia. En el plazo de una misma generación hemos perdido un Estado confesional y una sociedad que rebosaba espíritu católico y tenemos un Estado laico y una sociedad grávida de socialismo. No cabe duda que ello ha sido en parte gracias al comportamiento de una clase dirigente indigna, desleal y prostituida, algunos de cuyos personajes habrán de pasar a la lista de los Opas, los Antonios Pérez y los Marotos, en el índice de la traición y la felonía. Y también que ha habido una acumulación de circunstancias externas e internas que nos han sido adversas. Pero de lo que no cabe dudar tampoco es que en las filas católicas ha habido mucha negligencia, mucha torpeza y mucha improvisación, y que en el orden temporal vencen los que más empujan y los que, como el Santo Rey de Castilla, aprovechan mejor sus propias oportunidades.

No tenemos derecho a lamentarnos de que los profesores de los colegios, los editoriales de los periódicos, los artistas de renombre, los representantes de los noticiarios y los sindicatos sean marxitas cuando ello no es sino el resultado de años de esfuerzo y sacrificio dentro de la estrategia general eurocomunista de infiltración a la que demasiadas veces no hemos opuesto más estrategia que el tedio o la falta de generosidad.

Es preciso despertar y saber que más que pastores que una y otra vez avisen de la llegada del lobo hacen falta otros que salgan a su encuentro y den la vida por el rebaño si preciso fuera.

Ha llegado la hora de abandonar el coro de las plañideras que se lamentan junto al muro de la ciudad perdida y pasa a la acción. Y actuar como si de nuestra habilidad y destreza dependiera el triunfo. Realizando un análisis riguroso de la realidad. De cómo las cosas son. Sin exageraciones pero sin ingenuidades. Y después, con el norte en el Ideal a lograr, sin volver la cabeza para no quedar convertidos en

estatuas de sal, establecer seriamente qué podemos hacer, cuándo y cómo. El estudio y la reflexión, nunca suficientemente profundos, para saber exactamente qué queremos, pero la voluntad férrea de actuar y el convencimiento firme de que su plasmación en la realidad es el mejor homenaje que podemos ofrecer a nuestras ideas. No ama más al Ideal el que más lo acaricia en su pensamiento, sino el que más se sacrifica por él, el que hace de su vida, de su tiempo y de su dinero, donación generosa a su servicio, el que, por qué no decirlo en los tiempos que corren, acepta de antemano ver su día truncada en flor entregada por la Causa.

Trabajar intesamente, poniendo en juego los mejores de nuestros talentos, realizar planes a corto plazo, pero también a medio y largo, cosechar triunfos y derrotas y de ambos sacar lecciones, abrir con inteligencia el círculo a los que hoy no piensan como yo pero mañana pueden luchar a mi lado, saber que en las guerras hay también que ceder provisionalmente algunas posiciones para hacerse fuerte en otras, elegir en tanto sea posible el terreno y las armas a emplear, luchar sin descanso y prever al tiempo el relevo, combatir con moral de victoria, como quien milita en una Causa que sabe al fin triunfante, agotar la paciencia buscando la unidad... he ahí las consignas para la reconquista.

Y como San Fernando, sentirse cruzados en los éxitos y en los fracasos, sabiendo que como decía Santa Juana de Arco, cuya fiesta también hoy conmemoramos, los guerreros lucharán, pero sólo Dios dará la victoria. Y que el mejor triunfo del cristiano —¡no había de ser el discípulo más que su maestro!— es la Cruz de Cristo, escándalo para los judíos y necedad para los romanos.

Y termino. Hubo siglos en los que, como ahora, todo parecía perdido para la cristiandad, pero en los que al final, gracias a los sacrificios, a las oraciones y a la denodada acción de una minoría de corazón ardiente, Dios quiso compadecerse de ellos, por su fidelidad, y darle el triunfo a los que luchaban por Su Causa.

Nuestro siglo tiene mucho de semejanza con aquellos tiempos caóticos. Aunque ahora, a diferencia de entonces, se ha olvidado el infinito valor de la oración, aunada al sacrificio y a la acción.

Tenemos mucho que aprender de San Fernando. Acerquémonos a él. Imitemos su ejemplo.

Y para algunos de vosotros, que sentís el peso de los años cansando vuestros cuerpos, que habéis entregado una larga vida a la Causa y aún seguís cada mañana despertando con nuevo ímpetu y renovada fidelidad, y para otros de nosotros, más jóvenes, que alentados por vuestro ejemplo estamos dispuestos a entregar nuestras vidas con ansias de nuevas gestas y deseos de heroísmo, pidamos a Dios Nuestro Señor ser siempre como San Fernando soldados suyos, y que algún día, por su intercesión, la muerte nos sorprenda a nosotros como sorprendió al santo rey: soñando con nuevas conquistas para Cristo.

Muchas gracias.

DISCURSO DE FRANCISCO JOSE FERNANDEZ DE LA CIGÜÑA

Una vez más, esta ya tradición de honrar a nuestro patrón San Fernando nos convoca a esta cena. El que os habla, que cree haber asistido